

Jesús Rey Rocha, Emilio Muñoz Ruíz

El abrazo entre democracia y ciencia en plena COVID-19

The Conversation, 13 de noviembre de 2020.

¿Por qué seguir comparándolas?

Una vez más, ciencia y democracia se encuentran. Lo hacen en el discurso de la vicepresidenta electa de Estados Unidos, Kamala Harris. Y también en algunos de los retos y desafíos que comparten, de las amenazas de similar naturaleza a las que se ven sometidas.

Harris, en su [primer discurso tras ser elegida](#), recordó unas palabras del recientemente fallecido congresista y defensor de los derechos civiles en Estados Unidos John Robert Lewis: *‘Democracy is not a state. It is an act’*.

La democracia no es un estado: no es una situación, condición, o modo de ser que existe en determinado momento; no es definitiva, sino que está sujeta a una condición de transitoriedad. La democracia es un acto: es una acción, el ejercicio de la posibilidad de hacer y el resultado de ese hacer; es un proceso de construcción.

Consecuentemente, como la propia Harris señaló al explicar el significado de las palabras de Lewis, “la democracia no está garantizada”. La democracia debe ganarse y mantenerse, defenderse, día a día.

En su alocución, Harris señaló (e implícitamente agradeció) al pueblo estadounidense por haber votado por la esperanza, la unidad, la decencia, la verdad... y por la ciencia.

No es la primera vez que recurrimos al [paralelismo entre ciencia y democracia](#). Ambas, constructos e instituciones sociales que han contribuido al bien común. Ambas, derechos recogidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y cuya promoción y defensa es una obligación de los Estados. Ambas, estrechamente ligadas en su ser y en su devenir.

Mientras la humanidad se enfrenta a una emergencia sanitaria de colosales dimensiones, y el planeta se ve sometido a episodios climáticos y ambientales cuyas dimensiones no son desdeñables –aun quedando ensombrecidas por la pandemia- tanto la democracia como la ciencia comparten la circunstancia de la lucha por su legitimación.

Amenazas para la democracia y la ciencia

La **democracia** resiste los embates a los que la están sometiendo los autoritarismos y absolutismos, la autocracia y el iliberalismo, los populismos, y el neo y ultra liberalismo; la globalización y el paradójico incremento de los nacionalismos y menoscabo del multilateralismo en las relaciones internacionales y de las alianzas, tratados e instituciones globales; las herramientas de manipulación, propaganda, desinformación e infodemia, reforzadas por el alcance de las redes sociales, su estructura y sus algoritmos.

Resiste gracias a su fortaleza intrínseca y la de las instituciones y defensores que luchan por mantenerla y consolidarla, en una pugna por evitar que las consecuencias de estas acometidas acaben minando su legitimidad y convirtiéndola en una nave a la deriva, fácil objetivo para quienes pretenden atacarla con o sin patente de corso.

Consecuencias como la desigualdad y la pobreza; la polarización social; el extremismo identitario en sus múltiples y diversas facetas -desprecio al otro, racismo, nacionalismo étnico, xenofobia, supremacismo, fundamentalismo religioso- y su correlato violento que en su extremo se manifiesta terrorista; el economicismo, el unilateralismo...

Hemos asistido y asistimos a claros y explícitos ejemplos de estos embates a lo largo de las diferentes etapas del proceso electoral en Estados Unidos, cuya democracia está doblemente en juego –no solo se juega el despacho oval-. Y no es el único caso.

Simultáneamente, la **ciencia** parece estar encontrando una legitimación que la pandemia contribuye a fortalecer, a pesar de determinadas fuerzas políticas y sociales que luchan por desprestigiarla.

Fuerzas que ya hemos presentado como hostiles a la democracia, y a las que se unen los negacionismos (pandémico, climático, etc.); el antiintelectualismo y anticientifismo; la manipulación de los datos científicos, la desinformación, los bulos y mentiras; también el mercantilismo de la ciencia y su eventual banalización ligada a la excesiva exposición mediática y al cortoplacismo en las expectativas de obtención de resultados.

Como la democracia, el conocimiento científico tampoco es un estado, no es estático. Y aunque [la gente necesita y reclama certezas absolutas](#), las verdades que se derivan de la investigación científica no son inmutables. La ciencia y el conocimiento científico tampoco están garantizados. Necesitan por lo tanto ser cultivados, cuidados, promocionados y defendidos.

Así pues, cabe seguir reclamando los **valores de la democracia y de la ciencia**, y su capacidad para contribuir al bienestar del planeta y sus habitantes. Las circunstancias actuales están incrementando coyuntural y desmesuradamente su visibilidad y exposición mediática. La democracia, por acontecimientos como las elecciones en Estados Unidos, de repercusión mundial, o en España los repetidos procesos electorales a los que nos hemos visto sometidos en los últimos años; ambas, por la pandemia y sus consecuencias sanitarias, económicas, sociales y políticas.

Y paralelamente se están viendo cuestionadas y amenazadas por los mismos o similares enemigos, que lo mismo cuestionan la legitimidad de los resultados electorales y de los gobiernos elegidos democráticamente -sin más pruebas y herramientas que las propias del dogmatismo y los populismos demagógicos- que se enfrentan y cuestionan las evidencias científicas, proponiendo medidas políticas sin fundamento que contraponen las evidencias científicas con el dogmatismo y la fe, sugiriendo remedios a la enfermedad producida por el coronavirus con tan poderosa evidencia y respaldo científico y médico como la desinfección de los órganos internos mediante la ingestión de lejía, o permitir la libre circulación del virus en aras de una mal interpretada –en ocasiones en complicidad con espurios intereses económicos- inmunidad grupal.

En esta situación –en la que es necesario contrapesar cuidadosamente los aspectos, sanitarios y económicos, que permitan mantener la vida de la gente, con el respeto de los derechos y libertades de los ciudadanos, en un ejercicio de *equilibrio democrático, económico y científico*- la fuerza de la ciencia descansa en la generación de un conocimiento procedente de la objetividad, el antidogmatismo y los datos y evidencias fidedignos y contrastados. Conocimiento orientado a la utilidad social, universal y equitativa, de sus resultados.

Conocimiento, frente a los discursos demagógicos, las teorías conspiranoicas infundadas y sin pruebas, y los negacionismos exentos de evidencias; frente a previsiones económicas y acciones políticas basadas muchas veces en opiniones de presuntos expertos, y en datos y modelos predictivos poco transparentes; y frente a decisiones basadas en la explotación de las emociones, dependientes de intereses espurios, ajenas a los más elementales dictados de la razón.

Un *equilibrio* orientado por [valores fundamentales](#) de responsabilidad, compromiso, cooperación, altruismo, empatía y justicia social.

Propuesta para la reflexión

Como nos recuerda Jason Stanley, hay maneras más sencillas de vivir que la democracia, ya que apostar por ella [“requiere cierto grado de empatía, comprensión y generosidad. Nos exige mucho”](#).

Pero en la defensa de la democracia, como en la reivindicación de la ciencia, es fundamental e irrenunciable el papel de la sociedad civil. De una ciudadanía informada y reflexiva (la información no sirve de nada sin reflexión y análisis crítico), concienciada y participativa (la primera pierde su verdadera utilidad sin la segunda), reivindicativa y pacífica (*ídem*). Es precisa la participación de la ciudadanía en la gobernanza mundial, para luchar contra las amenazas expuestas, presionando, reivindicando y construyendo desde abajo.